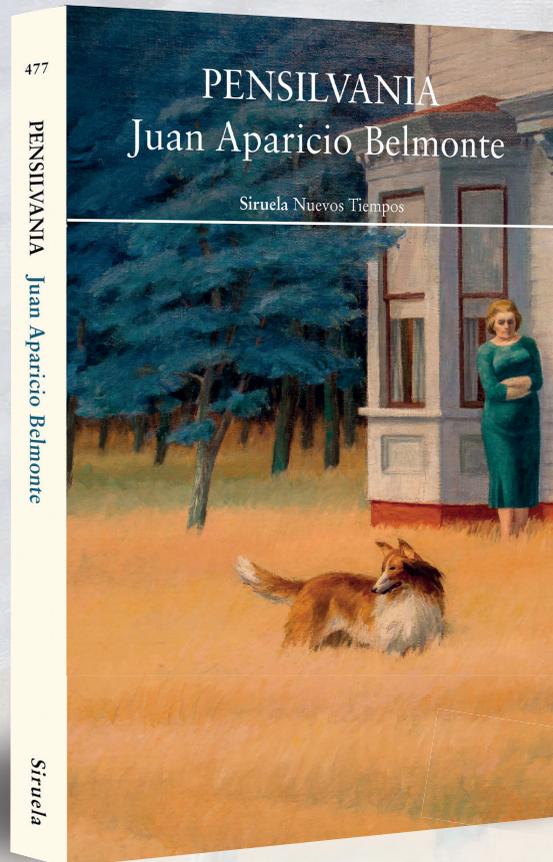


Dossier de prensa

PENSILVANIA

Juan Aparicio Belmonte



LA NOVELA MÁS PERSONAL
DE UN NARRADOR ÚNICO

Ediciones Siruela

El autor



© Sabina Aparicio

JUAN APARICIO BELMONTE

(Londres, 1971) colabora con diversos medios de comunicación es profesor en la escuela de ideas Hotel Kafka, en la escuela de escritura creativa El Atelier de Fábula y en la escuela de interpretación Work In Progress y humorista gráfico con el apodo Superantipático en las publicaciones *20 minutos* y *República de las letras*, entre otras.

Entre sus muchos trabajos destacan las novelas: *Mala Suerte* (2003), que ganó el I Premio de Narrativa Caja Madrid y el III Premio Memorial Silverio Cañada, que se otorga en la Semana Negra de Gijón;

López López (2004); *El disparatado círculo de los pájaros borrachos* (2006), XII Premio Lengua de Trapo de Novela y elegida por el periódico *El Mundo* como una de las diez mejores del año; *Una revolución pequeña* (2009); *Mis seres queridos* (2010), galardonada con el II Premio Bubok de Narrativa; *Un amigo en la ciudad* (2013); *Ante todo criminal* (2015), y *La encantadora familia Dumont* (2019). Su obra ha sido traducida al francés y al italiano.

Juan Aparicio Belmonte, en un texto que transita con naturalidad entre la autoficción y lo autobiográfico, entre la aventura y la evocación, seduce por su extraordinaria capacidad para abordar con una particular sensibilidad —a ratos cómica, a ratos conmovedora— nuestros grandes conflictos vitales. *Pensilvania* es la novela más personal de un narrador verdaderamente único.

Pensilvania

«El problema de lo autobiográfico es que lo imaginativo se cuela en los recuerdos. Todo lo que uno recuerda es sospechoso»

Cuando uno trata de hacer una semblanza de su propia identidad, mirar al pasado resulta inevitable. Pero quizá el autor no se haga ese planteamiento a la hora de escribir este libro. Todo parece brotar como la memoria sentimental que despierta ante un acontecimiento doloroso, en este caso la muerte de Rebecca. Ella fue la mujer que, en un intercambio escolar, lo acogió en su casa en medio de un bosque de Pensilvania, cuando tenía dieciséis años. Ese es el disparadero e hilo conductor de una narración que, girando en torno a aquella etapa — crucial en su vida, aunque solo ocupase once meses—, permite a Aparicio Belmonte hacer un emotivo y detallado repaso de los conflictos que han marcado su existencia.

«Nunca me pregunto para qué escribo, sin embargo, y me irrita la pregunta. La respuesta es tan sencilla... ¿Para qué vive uno? Uno vive porque sí y para los demás. Uno escribe novelas también porque sí, y también para los demás; uno escribe como podría estar redactando wasaps contra la última ocurrencia del cuñado, o como podría estar construyendo castillos con mondadientes, para nada, para darse el gusto».

A caballo entre la cáustica evocación y la crónica personal, entre la desordenada autobiografía y la realidad ficcionada (resultado de desgranar recuerdos donde la imaginación se filtra a fuerza de buscarles entidad), *Pensilvania* alterna saltos en el tiempo, entre la infancia, la adolescencia y la vida adulta, para recoger aquellos momentos que han sido decisivos para el autor. Prolijos *flashes* que bien podrían ser imágenes redundantes del yo lector, ese que, si bien no ha vivido lo mismo, puede verse reflejado en las circunstancias y acontecimientos narrados. Aprovecha Belmonte entonces para reflexionar sobre quiénes somos, qué buscamos y cómo tratamos de dar sentido al devenir diario que es nuestra existencia.

«La infancia está bien, es mágica, pero la adolescencia es el periplo más problemático de un hombre. Solo los grandes novelistas pueden hacer algo bueno y sustancioso con la adolescencia, porque la adolescencia requiere de mucha ficción para transformarse en un relato feliz. ¿Cómo narrar, por ejemplo, mi etapa en tu casa, Rebecca?».

En *Pensilvania* se dan cita el duelo tras la pérdida de un ser querido, el misterio de Dios y los fanatismos que provoca la fe, los primeros amores (más bien el primero, que nos destroza y alimenta), el trabajo cuando resulta desagradable, la gris sombra que rodea al fracaso matrimonial, la inspiradora vocación literaria, el miedo ante la fragilidad de la salud... Impactos vitales que, pasados por el irónico tamiz del autor, van conformando una historia en la que el hilo argumental se diluye y parece romperse, dando paso a una recreación del recuerdo tan entretenida y minuciosa como atractivamente inquietante. Aparicio Belmonte vuelve a hacer gala de su maestría narrativa y agudo ingenio para atrapar al lector en episodios que apelan a la sutil empatía que invita a la reflexión.

«Y tenían que venir dos celadoras a limpiarle y ponerle una muda, lo que abría el tarro de las esencias. Comprendí a Sartre como nadie en aquel momento, se me hizo diáfana la claridad de su pensamiento: el infierno son los otros. El hedor que me llegaba me hizo la vida lúgubre durante horas, días y meses, porque aún no he podido superar el trauma. En tu casa, Rebeca, viví el trauma de Dios; en el hospital, el del infierno».

Ficciones que mudan de piel

«Los recuerdos tienen una cualidad esencial, que son una mentira tan vigorosa que se disfrazan de verdad»

«Me acabo de enterar de que has muerto y ha transcurrido la película de mi vida desde mi memoria más remota hasta hoy, querida Rebecca. Dicen que esto ocurre con la muerte personal, en el último o penúltimo estertor, pero a mí me ha ocurrido con la tuya». Así comienza una novela en la que el autor recurre a la presencia (o ausencia) de Rebecca para obligarse a recordar: la adolescencia; la educación religiosa que, durante once meses, le impuso como si fuese una madre fanática; los afectos recibidos y nunca bien compensados; el modo atolondrado en que se enamoraba; su temeridad ante hechos imprevistos... Quizá Aparicio Belmonte se plantea que es hora de hacer justicia a aquella mujer, aunque pueda resultar un esfuerzo baldío. O no. Ahí está el valor intrínseco de este relato en el que destacan tanto la importancia de las emociones como el tono empleado para afrontarlas.

«La poesía tiene, como el humor, mucho de refugio íntimo, impenetrable, pero no sé si consuela, pues provoca lucidez, o sea, dolor en quien lee (si la poesía es buena, claro). Los poetas, curiosamente, tienen fama de malas personas. Y puede que lo sean. Los mejores poetas que he conocido eran sobre todo inteligentes, pero no de la cabeza, sino de las vísceras».

Pero en este ejercicio de memoria no solo está la enfermera Rebecca, también está su esposo Jim, profesor de mecanografía, otro mero superviviente laboral; ambos exhaustivos y disciplinados lectores de la Biblia, descubridores a través de ella de los más insólitos hitos del universo, el hombre y Dios. Y estaba Martin, hijo del matrimonio, que alimentaba un extraño y continuado rencor hacia el autor, que en un arranque de fraterna correspondencia, pretendía llegar a Dios a través de oraciones y respeto por sus palabras. Vano trabajo... La cristiandad protestante contra el frágil y católico ateísmo del protagonista.

Entre los personajes destacados de la novela, se encuentra Amanda Domarasky, aquel primer amor obsesivo del autor que, manifestándose como una debilidad personal (en ella residía todo cuanto podría desear), ponía en juego su acercamiento a Dios y era muestra inequívoca de su falta de fe. Y ya en otra etapa, Alessia, su mujer y madre de sus hijas, esa persona a la que siempre se vuelve y que, como si de un personaje femenino de Kafka se tratase, pone el contrapunto sensato y más consciente a la relación.

«Cuando creía tenerlo ya dentro, a Cristo (...), se me aparecía real o ficticia Amanda Domarasky y me producía una erección, lo que ponía en retirada a Dios con todos sus ángeles invisibles y sus trompetas mudas. La voz suave de la muchacha de ojos grandes y grises y rostro ancho derrotaba la mismísima omnipotencia del creador de todas las cosas».

Aparicio Belmonte se plantea la narración de aquellos años de juventud como un firme reto del que salir fortalecido. Un adolescente es el personaje ideal para contrarrestar los actos realizados por el adulto, para hacer verosímil toda ocurrencia que pueda tener a nivel narrativo. Así, se permite contar en detalle sus episodios clínicos y pasos por el hospital (desde un acceso de hipo hasta una lesión cardíaca), que se presentan como hitos de su camino biográfico y le definen como hombre. De igual modo, narra su bronca adolescente (y las consecuencias posteriores) con unos cabezas rapadas, o los ensayos y representación, en los años de universidad, de una obra de teatro. Como piezas fundamentales de un puzzle que se ha ido completando con los años.

De su paso por Pensilvania, el autor aprendió a ser mejor persona, a comportarse. O quizá solo tuvo que mentir durante la mayor parte del tiempo... Algo que, más adelante, cuando se enfrentó a alguna entrevista de trabajo, le hizo sentir como pez en el agua. En el fondo, Aparicio Belmonte parasita su vida para utilizarla narrativamente en cuanto le resulte necesario. Así, se encuentra con personajes, como el abogado de la mano tullida, que ya parecen contruidos (en su elaboración temperamental y psicológica) y que, en su labor de escritor, tiene que saber aprovechar. Y todo el material reunido lo mezcla sabia y mesuradamente con atinado humor — disfrazado de sarcasmo o bien como clara filosofía de lo cotidiano — y con poesía, refugios ambos que transmiten lucidez y grandes destellos de ingenio.

«Yo he descubierto de qué madera estoy hecho siempre que me ha pasado un suceso inesperado, pero también siempre que me he comportado según lo previsto. En lo imprevisto tiendo a la temeridad y en lo predecible tiendo a encogerme como una tortuga: por voluntad propia, pocas veces salgo de la zona de confort, ¡con lo que cuesta amueblarla!».

Han dicho de su trabajo

«Ahora que todo el mundo está leyendo a Juan Aparicio Belmonte puedo presumir de que sigo sus novelas desde hace veinte años: os llevo por tanto veinte años de ventaja en felicidad».

RAFAEL REIG

«¡Lectores, cuidado con Juan Aparicio Belmonte: su humor parece inofensivo, pero está muy bien afilado!».

ANTONIO OREJUDO

«Juan Aparicio Belmonte posee, como pocos, el secreto para conjugar el dolor, la emoción y el humor en una prosa que suena a recién y justamente inventada para la ocasión. Leerlo es hacerse un raro regalo».

LORENZO SILVA

«Aparicio Belmonte tiene talento narrativo y buen olfato sociológico. Tiene esa intuición del buen novelista que acierta en la precisión psicológica».

J. ERNESTO AYALA-DIP, *El País*

«La función paródica del libro se cumple a la perfección, lo mismo que la vocación de sátira social, convirtiendo (o detectando) situaciones californianas en sainetes castizos sin despeinarse. *Ante todo criminal* es eficaz en todo lo que se propone pero sobre todo en su velocidad de *screwball comedy* intoxicada».

NADAL SUAUA, *El Cultural*

«Juan Aparicio Belmonte es autor al que hay que seguir la pista. Fiel a un estilo propio, en el que el humor forma parte del mecanismo narrativo».

JOSÉ A. MUÑOZ, *Revista de Letras*

«El escritor Juan Aparicio Belmonte sabe que tiene un don natural para el humor y lo aprovecha. El novelista conoce los mecanismos de la sátira y explota cualquier ocasión para hacer una crítica social que está alejada de cualquier atisbo de solemnidad. Por eso escapa como gato escaldado de las ínfulas moralizantes».

Diario de Navarra

«El autor ha hecho del humor disparatado su sello, que no se imprime sobre chistes vacíos sino sobre un fondo de crítica social centrada en el sistema judicial y penitenciario, así como en las peculiaridades políticas nacionales. Así ocurre en *Una revolución pequeña*, un mundo novelesco que subvierte la mirada convencional sin dejar de reseñar fielmente la realidad, aunque sea a través de los espejos deformantes del humor».

NUÑO VALLÉS, *El Confidencial*

«Pensilvania está hecha del material de la buena literatura: la nostalgia, el humor inteligente y un pulso narrativo perfecto».

ENCARNA SAMITIER, *20 Minutos*

Si necesitas más información, puedes contactar con:

Elena Palacios

epalacios@siruela.com

Tel.: 91 355 57 20